

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 12, 1-4a): *Haré de ti una gran nación.*

Salmo (32, 4-5.18-19.20 y 22): *«Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros»*

2ª lectura (2ª Timoteo 1, 8b-10): *Él nos salvó y nos llamó.*

Evangelio (Mateo 17, 1-9): *Este es mi Hijo, el amado. Escuchadle.*

Continuamos caminando en este tiempo de Cuaresma, entendida como: **«Un tiempo de sacrificio y de penitencia; pero también tiempo de comunión y de solidaridad. Un tiempo por excelencia de renovación de nosotros mismos en Cristo, de reconciliación con Dios y con nuestros hermanos»** (Pablo VI, Mensaje para Cuaresma 1973)

En la misión que recibe Abrahán, en lo que lo podemos llamar, su vocación, podemos decir que comienza la historia de la salvación. A Abrahán se le anuncia la bendición, por él serán bendecidas todas las razas de la tierra, pero para ello tendrá que dejar atrás su casa, su tierra y sus dioses para ir al encuentro del único Dios verdadero. Este camino va a ser dificultoso para Abrahán, él ha recibido de Dios la promesa de formar un gran pueblo, ha sido objeto de una bendición, pero su vida estará llena de búsquedas, de dudas, de contradicciones, etc. También la Iglesia, también nosotros, experimentamos la dificultad en nuestro camino hacia la Pascua, experimentamos la dureza de la evangelización.

Es lo que expresa la segunda lectura de la carta a Timoteo, por eso, este tiempo de caminar hacia la Pascua tiene que ser un tiempo de oración, penitencia y de escucha de la Palabra de Dios para que también hoy los discípulos de Cristo sigamos tomando parte en los duros trabajos del Evangelio, sabiendo que evangelizar es anunciar la obra salvadora de Dios en Cristo Jesús.

Este desánimo ante las dificultades lo experimentan los propios apóstoles, por eso el Señor toma a Pedro, Santiago y Juan y sube con ellos al monte, el monte es el lugar de la presencia de Dios, no tiene por qué ser un monte concreto, la subida es ir al encuentro con Dios. Allí Jesús se transfigura y se les manifiesta con la Gloria que tenía junto al Padre y junto a Él aparecen dos personajes: Moisés (la ley) y Elías (los profetas). Pedro experimenta la felicidad plena: Señor vamos a quedarnos aquí. Pero la nube, la presencia de Dios los cubre y la voz del Padre les anuncia con las mismas palabras del bautismo que solo la Pasión y la Cruz son el camino hacia la Pascua. Jesús los despierta y los invita a bajar del monte.

No, Jesús no quería deslumbrar a sus discípulos; quería estar con ellos, con sus mejores amigos, para que le acompañaran en unos momentos íntimos de oración. Su mirada ya estaba puesta en Jerusalén. Hacia allá empezaban a dirigirse sus pasos. Allí tendría que dar testimonio más pleno de su amor por una humanidad a la que quería introducir en la vida de Dios, en su reinado.

Pero Jerusalén pensaba que ya conocía a Dios; más aún, pensaba que lo tenía. Se sentía segura con su templo, ufana con su grandeza, orgullosa de su historia, protegida por su culto, satisfecha por sus ofrendas, contenta con sus sacerdotes, adoctrinada por sus escribas, rica con sus negocios, acomodada con sus dominadores...

¿Para qué iba a querer Jerusalén a un pobre profeta galileo? ¿Para qué iba a perder su tiempo escuchando las enseñanzas de un hombre de pueblo? Los romanos eran detestables, cierto, pero en Jerusalén ya se habían hecho los acomodos necesarios: *“No los molestamos para que no nos molesten”*. ¿Para qué iba a arriesgar su paz con ideas de otro reino? *“Les pagamos sus impuestos, y así nos dejan hacer nuestros negocios”*. ¿Para qué venir a mover el equilibrio tan arduamente ganado con doctrinas extrañas en boca de un galileo?

Para enfrentarse a todo eso, Jesús necesita orar. No sube al monte santo a dar un espectáculo con su transfiguración. Si hiciera falta eso, hubiera sido mejor quedarse con la multitud y buscar así su admiración. Pero no; Jesús sube a solas con sus discípulos porque quiere orar, porque necesita ponerse frente a su Padre y fortalecer su decisión de caminar a la ingrata capital de su pueblo. También ahí es preciso anunciar el Reino, aunque no lo quieran escuchar.

A este hombre fiel, perseverante; este hombre humilde, bueno; este hombre compasivo, generoso; a este hombre de oración del que el Padre dice: **«Este es mi Hijo muy amado en quien tengo puestas mis complacencias: escúchenlo»**. Pedro, Santiago y Juan, entusiastas voluntarios para construir chozas al puro deseo de perpetuar esa experiencia: *“¡Qué bueno sería quedarnos aquí!”*, son invitados a escuchar. Hay que transformar a los “constructores” en escuchas atentos. Bajad del monte, todavía no es tiempo de hacer, ni siquiera de hablar; ahora es tiempo de contemplar y de escuchar.

También nosotros en esta Cuaresma tenemos que ir al encuentro con Dios en la oración, en la penitencia y en la escucha de la Palabra de Dios, pero tenemos que bajar del monte para encontrarnos con nuestros hermanos los hombres, porque abajo del monte sigue corriendo la historia y es en nuestra historia donde también hoy tenemos que seguir participando en los duros trabajos del Evangelio. **¡Escuchémosle!** Solo así seremos transfigurados para poder contemplar la profundidad de su amor en su rostro encarnado y en su cuerpo despojado de vestiduras: *“Me amó y se entregó por mí”*.